LA COLMENA

Lo contaban los más viejos del lugar...

Antonio María Puerto Barrios

Médico

El rostro de don Matías, desencajado por la fría y húmeda noche de diciembre, avanzaba entre el grupo de congregados. Las primeras luces del alba habían irrumpido en la escena e iluminaban su silueta de viejo médico de pueblo al que, ni sus muchos años ni un corazón ya maltrecho, impidieron la noche antes que partiera con los demás a los campos. Se había perdido Juanín, el más pequeño de los de Inés "la Larga". Nadie podía acertar a explicar como sucedió. Un descuido, un trágico descuido mientras las faenas del ganado ocupaban la atención de todos y nadie supo dar más razón del pequeño. Sus piernecitas de cinco años no podían haberle llevado muy lejos, pero no estaba.

A unos padres desesperados se sumó todo un pueblo, y hasta vecinos del de al lado, que vinieron al enterarse por los guardias que venían a reunirse con las partidas que ya había formado el alcalde. Sólo a los que la edad o la enfermedad ataba los pasos quedaron esa noche en el pueblo, despiertos eso sí bajo la interminable letanía de rosarios que discurrían, hábilmente guiados por el señor cura, entre los bancos de la iglesia.

La noche había sido larga y fría. Las luces de los otros grupos aún tintineaban, entre brumas, ante los ojos de don Ma-tías mientras llegaban a sus oídos los ecos de voces que increpaban a la oscuridad llamando al niño perdido. La angustia de un pueblo crecía con el discurrir de la noche y se agigantaba cuando, en algún momento, el aullido de un lobo rompía los gritos de los vecinos. Ya eran grandes la angustia y el temor de que, en la noche, un barranco, un pozo o alguna alimaña se hubieran tragado la esperanza de todos cuando, con el amanecer, las voces cambiaron. Ya no clamaban por Juanín. Resonaban llamándole: "¡Don Matías! ¡Aquí, don Matías!". Durante su carrera pasó por su cabeza todo el mal imaginable hasta que, viéndole llegar, gritos ahora tranquilizadores le infundían de nuevo el aliento ya perdido en las últimas horas de la noche.

El grupo le abría paso y don Matías pudo acercarse a la figura del niño, envuelto en rudas prendas de abrigo con las que los primeros en hallarle se empeñaban en calentar su cuerpo. Estaba bien. Había pasado mucho frío, pero el resguardo de unas rocas y arbustos había conseguido que la hipotermia no hiciera una mella definitiva en la criatura. Quizás en los días próximos surgiría la pulmonía, pero al menos ya había pasado el primer envite. Le palpó la cabeza y los miembros buscando daños y el pecho para sentir su corazón y su respiración. Añadió una manta a los tabardos que ya lo cubrían y lo recogió en sus brazos. No pudo evitar que de sus labios escapara un diagnóstico que no recordaba haber estudiado ni en las aulas ni en sus gruesos libros. "¡Milagro! ¡Ha sido un milagro!", anunció con voz tenue y pausada. Extrañaron sus palabras. Conocían la escasa fe que profesaba aquel médico, ateo convencido desde joven, pero a pesar de ello, o quizá por ello mismo, todos en el pueblo dieron su dictamen por cierto.

Valores humanos

Nuria Martínez Murillo

Enfermera

Llevo ejerciendo 17 años como enfermera en nuestra tierra, a pesar de mi juventud y de los acontecimientos vividos, unos más gratos que otros, creí haber visto y experimentado casi de todo, sin sospechar lo que aún me aguardaba, y que me gustaría compartir con vosotros. Se trata de mi última experiencia no sólo personal sino profesional, pues creo que merece la pena, no sólo a título informativo o de reconocimiento, sino para que nos anime a seguir trabajando con humanidad, cariño y respeto, como instrumentos que somos para facilitar a nuestros pacientes y compañeros de trabajo un ambiente más grato, a pesar de todos los obstáculos y dificultades que nos encontramos cada día. Hace unos meses, debido a un problema de salud familiar, se me derivó a Madrid y Barcelona una vez agotados los medios que nos ofrece nuestra Comunidad para obtener una solución satisfactoria dada la dificultad del caso como así ha sido afortunadamente. Pues bien, en ambas ciudades he recibido elogios hacia mi región, valorando positivamente y con sorpresa lo que por los extremeños se está haciendo. Desde el inicio de esta historia me puse en contacto con la Asociación Oncológica Extremeña, que de forma altruista ofrece una serie de servicios de información, gestión e incluso apoyo psicológico, a disposición de los profesionales y pacientes-familiares. Esta asociación me puso en contacto con AFAL, que gestiona el Programa Compañía del SES, con el que somos pioneros y gracias al cual pacientes y acompañantes tenemos alojamiento gratuito en las ciudades donde necesitamos tratamientos fuera de la región, con una organización, dedicación, sensibilización y calor humano inmejorables. No quiero dejar de mencionar al gran número de personas que anónimamente hacen posible que nos podamos sentir mejor cada día, tanto dentro como fuera de la región.

> ***"fuera ensalzan con añoranza lo que aquí se logra y no reconocemos"***

Pocas veces aplaudimos lo bien hecho, como el Programa Compañía, que fuera de nuestra región ensalzan con añoranza lo que aquí se logra y nosotros mismos no reconocemos.

Me siento orgullosa de ser una enfermera extremeña, a la que el destino ha brindado la oportunidad de experimentar lo que se siente a ambos lados, y aunque en un principio, a pesar de nuestra preparación profesional, la situación te sobrepasa; la oportunidad de convivir a diario con estos pacientes, me ha enseñado a comprender mejor sus sentimientos, su dignidad y, sobretodo, a no compadecerme de ellos, pensando que a cualquiera nos puede tocar en cualquier momento.

Del dolor y el sufrimiento

Teresa Mora García

Enfermera y antropóloga

Recientemente he tenido la suerte de acudir a un curso impartido por el sociólogo y antropólogo francés David Le Breton. Salvando los in-convenientes del idioma, fue un verdadero lujo.

Durante dos días hemos debatido largo y tendido sobre las diferentes expresiones del dolor y el sufrimiento en las sociedades contemporáneas.

Opina Le Breton al respecto, que "para alcanzar la ponderación objetiva de esta experiencia - para comprobar el dolor del otro - sería necesario convertirse en ese otro".

Si tenemos en cuenta que el dolor humano es variado y pluridimensional, consecuentemente su abordaje a la fuerza debe ser multidisciplinar.

En este sentido, me cuestiono, desde mi posición de enfermera y antropóloga, algunas ideas que parecen haber echado raíces en nuestra sociedad.

Si tenemos claro que el estado de salud y enfermedad - y por tanto el estado de dolor y sufrimiento de las personas- tienen componentes biopsicosociales, y si el objetivo principal de cualquier sanitario, que se precie de serlo, es colaborar en la consecución del mayor estado de equilibrio en todas las dimensiones (biológicas psicológicas y sociales), no sólo del individuo sino de la comunidad, hoy resulta difícil entender por qué nos seguimos manteniendo en la valoración de los proceso de salud y enfermedad desde la perspectiva biologicista del modelo médico hegemónico.

> ***"Si tenemos en cuenta que el dolor humano es variado y pluridimensional, consecuentemente, su abordaje a la fuerza debe ser multidisciplinar"***

Lo correcto sería dar paso, de una vez por todas, a verdaderos equipos multiprofesionales que, en los diferentes escalones del sistema sanitario, sumen sus esfuerzos para obtener mejores resultados en el abordaje de los complejos procesos que afectan a las personas.

Tal vez, con estas medidas se consiga incrementar aquello que llevamos tantos años persiguiendo.

Esto es, la eficacia, eficiencia y efectividad de nuestro hacer profesional.

fácil apertura

Joaquín Gómez Ferreira
Enfermero